

LAS OCHO RELACIONES
Y EL MEMORIAL DE
COLHUACAN

I



Domingo Chimalpáhin

Paleografía y traducción
Rafael Tena



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

PRIMERA RELACIÓN

Libro [de la creación] del cielo y de la tierra, y de nuestro primer padre Adán y de nuestra primera madre Eva.

Si bien no [parece] oportuno tratarlo aquí, sin embargo, a todos los naturales, pobladores de esta Nueva España, nos importa mucho saber que sólo una vez fue formada con tierra y barro la simiente que se llama primera generación humana, de la cual hemos salido y nacido, de la cual descendemos todos los hombres de la tierra en el mundo, aunque hayan sido gentiles e idólatras aquellos de quienes hemos salido, quienes nos engendraron a nosotros los habitantes de Mexico Tenochtitlan y asimismo a todos los pobladores de [esta] Nueva España.

[Aquí empieza la primera] relación. El discurso, la exposición [contenida] en el primer libro [se refiere a] la disposición de [todo] este escrito; pues es muy conveniente que en cada libro [se] comience [con tal] discurso y exposición, a fin de que de ese modo se avive en los futuros lectores el deseo de tomar [en sus manos] el libro para instruirse, ya que así podrán ver lo que en cada uno de ellos se contiene. Así pues, el primer [libro nos] dice cómo sólo el verdadero Dios es todopoderoso, sólo él es digno de recibir siempre cabal reconocimiento; porque debemos saber que él creó el cielo y la tierra y todas las cosas que ahora existen en el mundo, pues todas las cosas de él provienen; y por eso [también] nosotros comenzamos [hablando] de Dios nuestro señor. Sólo después se dirá cómo vivieron nuestro primer padre Adán y nuestra primera madre Eva, cómo tuvieron hijos y esparcieron su simiente por todo el mundo en aquel tiempo, y cómo murieron; y [se dirá] en qué año aconteció la inundación en que todo pereció en tiempos de Noé, que se llama el diluvio. Sucedieron muchas otras cosas, según aparecerá y se verá en este libro, durante el

tiempo en que aún no había venido a esta tierra ni se había encarnado el Salvador, hijo único de Dios verdadero; y [se dirá] en qué año nació. [Se dirá, asimismo,] cómo el único Dios en un principio creó todas las cosas, según [nos] lo comunicaron y recordaron desde antiguo hombres [que venían] de parte de Dios.

Capítulo Primero.

Habiendo visto esto, y para que [todo] resulte firme, es necesario que desde el inicio de la escritura del libro se diga, antes [de exponerlo], cómo todas las cosas que hay existen primeramente por virtud del Dios único; [y cómo] desde su nacimiento y ser [original] todas las creaturas [tienden igualmente hacia él]. No será necesario [insistir] sobre esto, pues aunque se marchite la tierra y barro de [que están hechos] los hombres, [permanece] su razón y entendimiento, y así lo confirman y [nos] lo recordarán los cristianos, porque es muy grande el mandato y responsabilidad que tienen de evangelizar y de lograr que [todos] conozcamos muy bien la verdad sobre la omnipotencia de Dios.

También los llamados gentiles, aunque idólatras, nos dan mandamientos y ejemplos acerca de esto; como Platón, quien, en el libro que escribió llamado *La constitución del mundo*, dice así: “Todas las palabras que hayan de decirse deben [remontarse] a muy arriba, pues deben comenzar con Dios nuestro señor”. Y en otro escrito suyo llamado *Epístolas* dice: “Cualquier cosa que hagamos, si alguna cosa queremos hacer

o decir, ha de ser recta y buena, y debemos comenzarla con Dios nuestro señor, porque él es el único Dios; y así también serán muy altos su término y culminación”. Se refiere que en su escrito de las *Sentencias* el poeta trágico Sófocles decía: “En definitiva, no hay ninguna cosa que sea buena y feliz hasta el final habiendo comenzado”.

No obstante que al inicio, de Dios nuestro señor se originaron las creaturas, se introdujo el peligro en el mundo, después que Dios nuestro señor llamó en un principio a todas las cosas que existen. Por eso también nosotros vemos que cuando salimos de casa o nos ponemos en camino, nos persignamos con la señal de la santa cruz, y [por ella] nos encomendamos a Dios nosotros y todo lo que hacemos; y como [lo practicamos] los cristianos también [lo hacían] los gentiles idólatras con sus señales, pues entre ellos también tenían sus señales propias. Así acostumbraba hacerlo Sila, de quien tomamos [el siguiente] ejemplo: cada día al amanecer, cuando se levantaba de su lecho, enseguida se recogía en un rincón de su casa, donde se encerraba con las imágenes de sus dioses, y allí se encomendaba a ellos y les pedía por sí mismo y por sus ocupaciones y negocios y por todo lo que habría de hacer en el curso de la jornada.

Y los escritores antiguos siempre comenzaban [sus escritos] en el nombre de Dios, por tratarse de Dios. Diógenes Laercio, en las vidas de los sabios llamados filósofos, al disponerse a explicar los fundamentos de la filosofía, comienza mostrando cómo Dios nuestro señor es el principio de la ciencia divina, y así lo dejó escrito en las primeras palabras del libro que compuso; y puesto que así acostumbraban hacer los sabios antiguos, porque eran sacerdotes paganos y entendían que toda ciencia es divina y [viene] de arriba, consideremos también nosotros que las leyes terrenas nos atañen en cuanto hombres, y veamos cómo aquellos gentiles, aunque idólatras, [al igual que] los cristianos comenzaban [sus obras] en el

nombre de Dios nuestro señor, porque él es el principio y el fundamento de todo lo bueno y recto. Todos estos gentiles idólatras que hemos mencionado reconocieron al Dios único, pero en primer lugar deben ponerse aquí aquellos que luego llegaron a ser escritores cristianos, como Lactancio Firmiano, de quien hemos recibido una excelente doctrina, el cual comenzó en el nombre de Dios nuestro señor el libro que escribió y que se llama *De las divinas instituciones*. Lo mismo hizo San Eusebio, quien comenzó en el nombre de Dios nuestro señor el libro que escribió. No necesito, pues, seguir multiplicando y acumulando más palabras, pero hay ciertamente algo que [aún] debe decirse, y son [otros] dos ejemplos [tomados] de las palabras que asentó San Agustín, como [las que] puso al principio del libro que escribió y que se titula *La ciudad de Dios*. Comienza [el santo] mostrando cómo hay dos ciudades de Dios, en cada una de las cuales viven hombres; la primera está en el cielo, y la segunda en la tierra. La del cielo se llama Jerusalén, y la de la tierra, que [abarca] todo el mundo, se llama Babilonia; en la primera se hallan los santos y los ángeles, y en la segunda viven [también] malos y pecadores. Asimismo, en las *Confesiones* que escribió [el dicho] San Agustín, libro que supera al otro [mencionado] arriba, [el santo] comienza diciendo: "Dios y señor nuestro, tú eres infinitamente grande, digno de toda éxaltación y alabanza; muy grande es tu poder, y nadie hay que sea capaz de conocer tu divino pensamiento, y, sin embargo, el hombre terrenal quiere alabarte, puesto que es una más de tus creaturas". Y no hace mucho tiempo que vivieron en la tierra [otros] excelentes autores de libros; [tal es] el sabio Celio Rodiginio, el cual, en el libro que escribió y que se llama *Lecciones*, muestra cómo nuestra obligación y principal mandamiento consiste en hacer todas las cosas, entre las cuales obras se encuentra la escritura, comenzándolas en el nombre de Dios, porque él es Dios. Asimismo, Bautista Ignacio y Antonio Sabélico escribieron un libro llamado *Ejemplos*, donde puede verse que lo comenzaron con Dios; y puesto que los hombres en la tierra necesitan algo que les sirva de ejemplo, [allí se dice que] no puede haber ningún otro ejemplo tan seguro y válido como el que tenemos en el mismo Dios nuestro señor, el cual ordenó que [se] escribiera cómo el mundo,

su creatura, era [también] su libro escrito. A [su] cronista y profeta Moisés le ordenó [Dios] que con él comenzara [la descripción d]el mundo; y así, en su primer libro, [aquél] dice que en el principio creó Dios nuestro señor el cielo y la tierra, y en lugar de estas palabras no se asentaron ningunas otras, con lo que se ve y demuestra que todas las afirmaciones [divinas nos sirven] como ejemplos.

Entiendo, por tanto, perfectamente que también yo debo comenzar con Dios nuestro señor; es más, debo [asimismo dirigirlo todo] a él. Escribiré, pues, acerca del principio de todas las cosas, sobre el estado y las costumbres de los hombres en la tierra, y sobre su vida espiritual, y también acerca de todas las cosas que [ahora] existen, y [diré] quién es aquel por quien han visto la luz. Es necesario que así se haga, porque el creador continúa haciendo desde su raíz y principio todas las diversas cosas que existen, y Dios es nuestro señor.

Así pues, los hombres de la tierra son solamente hechuras de Dios; son semejantes a la sierra, al martillo y al escoplo, son [como] instrumentos con los que [algo] se hace, se dispone, se perfecciona, [en manos d]el único maestro artista que penetra los corazones, el cual puso y sigue poniendo su marca en sus obras de arte, y éste es Dios nuestro señor; y los hombres de la tierra, como ya se dijo, son sus hechuras, porque sólo de él proceden todas sus creaturas, y todas las cosas han sido [por él] dispuestas y acabadas. Y los cristianos en todo y sobre todo aceptan y reconocen a Dios como es él.

Aquí comienza la vida de nuestros primeros padres Adán y Eva.

En un día 23 de marzo fue hecho y creado Adán.

En el libro de la *Sabiduría* dice la sagrada escritura que Dios nuestro señor creó a Adán, y que lo creó y eligió para que fuera el padre de todos los que viven sobre la tierra, y que lo libró del pecado [original] que cometió, lo cual se sabe y se ve porque ésta es la pura verdad católica y artículo de fe, que Adán hizo penitencia por su pecado y que fue perdonado, que se salvó y que [ahora] está en el cielo. Lo ha glorificado Dios nuestro señor [y lo ha puesto] entre sus santos; y por eso en el libro donde se narra la vida de los hombres sobre la tierra debe asentarse asimismo la vida de Adán, cuando aún no había ningún otro patriarca que fuera gran padre de las generaciones humanas, porque todos [los hombres] son sus hijos y él es el padre de todos los patriarcas. Y esto que se dice de Adán y también de Eva, lo dejó escrito el profeta Moisés al principio del [libro] llamado *Génesis*, y asimismo lo dejaron escrito en sus propias [obras] los teólogos doctores. Ésta fue, pues, la vida de aquéllos.

Capítulo Segundo. De cómo fue hecho y creado el mundo y todas las creaturas que hizo Dios nuestro señor en seis días, al cabo de los cuales creó a Adán.

Esta palabra debe ser conocida y conservada en la memoria, porque el aliento, la palabra de Dios nuestro señor es muy buena y admirable, enteramente recta, gloriosa y consoladora.

Escuchad bien, hombres de la tierra: Al principio nada había junto a Dios nuestro señor, sólo él existía, sólo él por sí mis-

mo existía; no había aún cielo ni tierra, ni ninguna de todas las cosas que hay en el mundo, sino sólo Dios nuestro señor. Y luego dijo [Dios]: “Voy a hacer y crear el cielo y la tierra”. Escuchad bien, hombres de la tierra: El cielo y la tierra existen porque son hechura y palabra de Dios nuestro señor; y Dios nuestro señor lo dijo, porque sólo él es todopoderoso para [también] hacerlo.

Dijo, pues, el lunes: “¡Háganse el cielo y la tierra!”. Y enseguida así se hizo; pero no había ni se daba en ellos ninguna de las cosas que ahora hay, como la hierba, los árboles y los animales vivientes. En cuanto al cielo, lo que enseñan muchos teólogos doctores también se afirma en las definiciones del Concilio Lateranense, que se celebró a instancias del papa Inocencio III, en cuyo tiempo se realizó este concilio para definir que Dios nuestro señor al crear el cielo creó juntamente a los ángeles, creaturas muy admirables y puras.

Por segunda vez, habló el martes; dio órdenes al agua, creada desde el primer día, pues toda la tierra estaba cubierta y sumergida por el agua, estaba bajo el agua y ésta se hallaba encima de la tierra, y porque así estaba la tierra no podía darse en ella la vida humana, mientras no existieran los llamados elementos y todas las demás creaturas, y se les asignaran tareas. Mandó, pues, el creador al agua que abandonara el lugar y el sitio donde había sido creada, que se reuniera en un centro aparte y que dejara a la tierra aparecer; y el agua, como si fuera una persona inteligente que entendiera, como si tuviera orejas para oír, y como si tuviera pies para caminar, en un instante cedió a la tierra el lugar y el sitio que le correspondía y donde había sido creada y se mudó adonde ahora se encuentran los mares.

Por tercera vez, habló el miércoles; entonces el creador mandó a la tierra que hiciera nacer y germinar toda clase de árboles que reverdecen [y echan] ramas, y con este mandato del creador todo comenzó, sin necesidad de semilla alguna o

de cultivos. Pero aún no había ni el calor del sol ni la influencia que viene de las estrellas [llamadas] planetas, porque todavía no habían sido hechos. Enseguida produjo la tierra toda clase de árboles que reverdecen [y echan] ramas, hojas y flores, a fin de que fueran sustento y ayuda de nuestro cuerpo hecho con barro de la tierra.

Por cuarta vez, habló el jueves; y dijo Dios nuestro señor: “¡Que haya luminarias en el cielo para que alumbren la tierra!”. Y en cuanto [hubo pronunciado] esta palabra, apareció el resplandor del sol y de la luna, grandes [luminarias], de la estrella que brilla y se desvanece en la aurora, y de las otras estrellas que rigen los destinos de la gente y que se llaman planetas, e hizo asimismo todas las demás estrellas que no tienen número ni cuenta, las que brillan mucho y las que no lucen tanto, a todas las cuales las puso en el cielo como variadas flores: al sol, gran luminaria, para que alumbrara durante el día, y a la luna, pequeña luminaria, para que alumbrara durante la noche. Creó [Dios] las estrellas y las puso en el octavo cielo, a la luna la puso en el primer cielo, y al sol en el cuarto cielo; [a éste] lo puso en el sitio apropiado, pues lo colocó en el cielo de enmedio para que [desde allí] pudiera iluminarlo todo.

Por quinta vez, habló el viernes; entonces dijo [Dios]: “¡Que haya y nazcan en las aguas los peces, grandes y pequeños, y las aves!”. Los peces se quedaron en el agua y bajaron al abismo, y las aves volaron y fueron hacia arriba; los bendijo Dios nuestro señor, y a cada uno de ellos le dio su estado y su nacimiento para que crecieran y se multiplicaran. Dice San Agustín que “cuando se habla de las aguas, debe entenderse [que se refiere] no sólo [a] todas las que están en la tierra, [es decir,] a los mares, los ríos y las fuentes, sino que se refiere también a las que se condensan sobre los aires, como las nubes y el vapor que sube de la tierra, y que en ellas nacieron tanto las aves como los peces”; y esto se ve y se confirma porque las bestias fueron hechas y nacieron de la tierra, mientras que los peces se hallan dentro de las aguas, y por su parte las aves

tienen en los aires su morada. Algunos dicen además que muy apropiadamente fueron creados en un mismo día los [seres] que son semejantes entre sí, [es decir,] las aves y los peces, porque [sin duda] existe un parentesco entre los que vuelan [en los aires] y los que nadan en las aguas; y esto lo dicen [el mismo] San Agustín y Ruperto Abad.

Por sexta vez, habló el sábado; creó Dios nuestro señor todos los animales que viven sobre la tierra, de una vez [hizo] todos los animales. Y cuando hubo hecho todo esto, al final, como última cosa y como culminación de su creación, determinó crear al hombre.

Y, no obstante que las tres divinas personas habían quedado enteramente complacidas con la creación de todas sus demás creaturas, sin embargo, todavía [se ocuparon] en otra cosa. Cuando hubo llegado el momento de crear al hombre, dice el libro sagrado que se consultaron sobre cómo habría de hacerse. Las tres divinas personas de la Santísima Trinidad se reunieron para deliberar; el Padre convocó al Hijo y al Espíritu Santo, y les dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los otros [seres]; éstos le obedecerán, y él será como el señor de los peces que nadan en el agua, y de las aves que vuelan en el aire, y de los animales que andan sobre la tierra”. Al hombre, pues, lo exaltaron sobremanera, porque en verdad así lo decidieron las tres divinas personas, las cuales dijeron: “Así se hará, así saldrá su condición de hombre, será conforme al ser de Dios”. Ésta es la explicación de que su creatura haya resultado tan excelente y admirable; [porque Dios] dotó al hombre de una posición vertical para que su cuerpo anduviera erguido y de pie, y para que su rostro, estando arriba, pudiera mirar el cielo y, al verlo, desearlo, ya que [el hombre] no es como el resto de los animales, todos los cuales andan agachados e inclinados hacia la tierra, no apartando de ella su mirada porque de ella esperan cuanto [han menester] para vivir: su comida, su sustento y la satisfacción de su cuerpo. En cuanto creatura, el cuerpo del hombre es muy admirable, puro y hermoso, y no hay ninguna otra cosa que se le pueda igualar en excelencia y hermosura. Le dio [Dios

al hombre] huesos y piel, y no plumas preciosas que brillan cual el oro como a las aves, ni tampoco, como a las fieras que viven en la tierra, garras ni dientes y muelas grandes y afilados para defenderse; porque todas estas cosas se hallan en los animales, y ellos las muestran, pero en el hombre hay algo que no es visible. Lo que hasta aquí se ha mencionado son los atributos propios de los animales, porque los necesitan y les pertenecen, de la misma manera que al hombre le corresponde el entendimiento, y además del entendimiento también las manos, que son miembros visibles de los que se sirve para cubrir su cuerpo y para empuñar sus armas y los instrumentos guerreros con que se defiende. Así lo enseña Santo Tomás de Aquino: “Posee el hombre una cosa grande y preciosa que lo hace maravilloso, y nada le falta, pues tiene en sí una alma viviente y enteramente racional; estas grandezas lo hacen semejante e igual a Dios nuestro señor y a sus ángeles, pues así como éstos son semejantes [a Dios] en cuanto que son espíritus que viven para siempre, así también el alma viviente hace [a los hombres] semejantes e iguales a Dios nuestro señor, [aunque] éste, en cuanto Dios, posee una grandeza infinita y es señor soberano, el cual con su poder manda y da órdenes a [sus creaturas] en el cielo, sobre la tierra y en el inframundo”. Y así como todas las cosas en todas partes le obedecen a él solo, así Dios nuestro señor creó al hombre para que fuera cabeza y señor de todas las creaturas que viven sobre la tierra; a éstas [Dios] les ordenó y encargó que obedecieran [al hombre]. [Nos] dice San Juan Damasceno: “Es costumbre de Dios nuestro señor a sus semejantes hacerlos sus amigos, [e infundir] en ellos la justicia, la bondad y la compasión, y asimismo todas las demás virtudes y cosas buenas que en él existen”. Por eso se dice que [el hombre] es semejante e igual a Dios nuestro señor, es decir, según enseña Santo Tomás, que “en el momento de su creación se le otorgó la gracia, la cual perdió el hombre a causa de su pecado, con lo cual las creaturas que viven sobre la tierra ya no le obedecieron ni lo reverenciaron, sino que lo vieron con temor y se le rebelaron; y la virtud y bondad que en él había lo abandonó y desamparó. Mas aquello por lo que se dice que el hombre es imagen y semejanza de Dios nuestro señor no se perdió sino que aún persiste en él, de la misma

manera que los diablos llevaron consigo lo que [habían recibido] en su creación y nacimiento”. [Nos] dice asimismo San Dionisio que “los hombres conservaron íntegra [la naturaleza] en la que habían sido hechos y creados”. Así pues, el hombre fue creado a imagen de Dios nuestro señor porque tiene una alma viviente y enteramente racional, y así como Dios nuestro señor es uno solo, pero en su trinidad se distinguen cada una de las [divinas] personas, de la misma manera el alma es una sola, pero en ella hay tres potencias: la primera es la memoria, lo que quiere decir que está en relación con el Padre, que es la primera persona; [la segunda es] el entendimiento, lo que quiere decir que está en relación con el Hijo, que es la segunda persona; y [la tercera es] la voluntad, lo que quiere decir que está en relación con el Espíritu Santo, que es la tercera persona. Tiene también el hombre la posibilidad de salvarse mediante su libre albedrío, pues con su propia visión y conducta, sin que nadie lo obligue, tiene la capacidad de seguir la vida buena y recta o la vida mala y tortuosa; y asimismo permanecen en el hombre la nobleza y facultades que tuvo desde el principio. Y así como Dios nuestro señor es el principio de todos los hombres de la tierra, porque él es su hacedor y creador, así también Adán, en cuanto primer hombre, sólo él es principio de todos los hombres de la tierra, porque de él [descienden todas] las generaciones. Dios nuestro señor es también el fin de todas las cosas que existen, e igualmente el hombre es el fin de todas las creaturas vivientes y corporales, porque éstas fueron creadas para su servicio. Y así como Dios nuestro señor está en todas partes, pues se halla en el mundo entero y en cada lugar del mundo, también el alma del hombre lo habita como si fuera un mundo pequeño, y está entera dentro del cuerpo del hombre, toda en todo el cuerpo, y toda también en cada una de sus partes.

Aquí comienza nuevamente la explicación, aquí se repite cómo fueron hechos el cielo y los ángeles que lo habitan, cómo fue hecha la tierra, y [se dice] cómo los ángeles fueron creados juntamente con el cielo, y cómo [algunos de ellos] se perdieron, pues los ángeles malos y perversos no permanecieron en el cielo ni un solo día, sino que al punto Dios nuestro señor los arrojó a los infiernos, mientras que los ángeles buenos y humildes se quedaron en el cielo. Aquí se dice también cuántos son los cielos que se sobreponen, los que están arriba y los que están abajo, pues están dispuestos como una gran cebolla, y se hallan [todos] juntos [como] dentro de una cáscara; mas a pesar de hallarse juntos, no se sabe cuántas leguas hay de distancia entre [cada uno de] los varios cielos sobrepuestos; esto nadie puede saberlo, sino sólo Dios nuestro señor, aunque los sabios que se nombran astrólogos saben que hay por todos once cielos sobrepuestos, y que en cada uno de siete cielos diferentes están las siete estrellas que rigen los destinos de la gente y que se llaman planetas.

4. Selecciones de Chimalpahin

Selecciones de Chimalpahin propuestas por Rafael Tena en “Domingo Chimalpáhin, indio novohispano”. *La etnohistoria de México*. Coord. Luis Barjau Martínez. México: INHA, 2003. 45-55. Las citas vienen de *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan* vols I y II. Ed. y paleografía, Rafael Tena. México: CONACULTA, 1998 y del *Diario*. Ed. y paleografía, Rafael Tena. México: CONACULTA, 2001.

Opiniones sobre quiénes son héroes o no lo son don Hernando Alvarado Cuauhtemotzin lo hes mientras que don Luis de Santa María Nacacipactizn no lo es:

[E]l segundo que gobernó ya en tiempos de los españoles fue don Hernando Alvarado Cuauhtemotzin, en cuyo tiempo pareció México-Tenochtitlan, cuando los españoles nos sujetaron; él hizo todo lo que estaba en su mano para defender a México peleando, y trató de rechazar a los españoles, mas no lo logró y se vio precisado a entregarles la ciudad...(*Las ocho relaciones... “Séptima relación”* vol. II, 223)

Entoces murió el señor Hernando Alvarado Cuauhtemotzin, *tlatoani* de Tenochtitlan, que gobernó durante cuatro años; lo colgaron por órdenes del capitán general don Hernando Cortés. Los españoles lo colgaron de una ceiba; y murió cristianamente, con una cruz entre sus manos, y en los pies unos grillos, pues una cadena sujetaba sus pies mientras pendía de la ceiba. Mucho se

entristecieron, se acongojaron y lloraron los otros señores mexicas que lo iban acompañando (*Las ocho relaciones... "Séptima relación" vol. II 167-169*).

[L]os mexicas le pusieron el apodo de Nacacicpac [al tlatoani Luis de Santa María Nacacipactzin o Nanacacipactzin] para infamarlo, porque había aceptado sin hacer contradicción que los mexicas pagaran tributo, mostrándose débil y cobarde; como si todavía se estuviera en los tiempos del señor Moteuczomatzin, el cual no se enfrentó a los españoles y dejó que lo apresaran y encadenaran en su propia casa sin oponerles resistencia (*Las ocho relaciones... "Séptima relación" vol. II, 221*)

Sobre conceptos de nobleza y la preocupación de ubicar socialmente los mestizos.

[T]ras la muerte de éste [don Luis de Santa María Nacacipactzin], comenzó a haber jueces gobernadores que gobernaron la ciudad de México-Tenochtitlan sin ser naturales de México, los cuales ya no pertenecían a la sangre y linaje de los arriba mencionados grandes *tlatoque* y legítimos *tlatocapiltin* tenochcas, sino que provenían de otras ciudades; algunos de ellos eran principales, otros no eran principales, y finalmente otros fueron también mestizos. En cuanto a estos mestizos, no sabemos el linaje que tenían sus ancestros españoles, si eran nobles o plebeyos sus abuelos y abuelas en España; es decir, aquellos de quienes descendían los padres de los mestizos, los cuales llegando acá se casaron con las hijas de los naturales de Nueva España. Por otra parte, los españoles desposaron a las hijas tanto de principales como de macehuales, y de esas uniones nacieron y siguen naciendo mestizos y mestizas; además, hay también mestizos y mestizas que son descendientes bastardos o ilegítimos de los naturales de esta tierra. Algunos mestizos y mestizas se honran reconociendo que descienden de nuestros linajes, pero otros se niegan sin razón a reconocer que conservan nuestra nobleza de sangre, y hasta pretenden hacerse pasar por españoles, despreciándonos y burlándose de nosotros, como hacen, asimismo, algunos españoles. Mas así como

a algunos españoles Dios nuestro señor los creó de sangre noble, así también a algunos de nosotros nos honró y nos distinguió, aunque nuestra sangre noble no sea la misma que la de ellos; pero si uno reflexiona y se remonta al principio del mundo, admitirá que todos descendemos de un mismo primer padre, Adán, y de una misma primera madre, Eva, si bien los cuerpos de los humanos pertenecen a tres razas diferentes.

Y que bien reconocieron la honra terrenal los tres hijos del hueitlatohuani Moteuczomatzin Xocóyotl: Don Pedro Tlacahuepan, doña Isabel y doña Leonor, de quienes nacieron hijos mestizos y mestizas, y después nietos castizos y castizas, los cuales reconocían que su sangre noble les venía de Moteuczomatzin, y de ello se sentían orgullosos. Algunos españoles se mofan al oír el nombre de Motecuzomatzin, pero si Dios nuestro señor, que todo lo puede, los hubiera hecho nacer de él, se gloriarían [sin duda] con el nombre de Motecuzomatzin; mas como no descienden de él, por eso menosprecian su nombre y la horan terrenal [que lo envuelve]. De él descendieron cinco monjas: doña Catalina de San Miguel de Moteuczoma y doña Isabel de la Encarnación de Moteuczoma, que fueron monjas de la Limpia Concepción; doña Ana Sotelo de Motecuzoma y doña Leonor de la Trinidad de Motecuzoma, que fueron monjas de Santa Clara; y doña Ana del Espíritu Santo de Motecuzoma, que fue monja de San Jerónimo; asimismo, un clérigo, don Diego Sotelo de Moteuczoma; y dos que fueron comendadores de Santiago; don Pedro Tesifón de Moteuczoma, vizconde de Tula, el cual radica en la corte de España, y don Diego Cano de Moteuczoma, que vive en México; también otros señores y nobles que no mencionamos, pero que descienden de Moteuczomatzin y de ellos se honran.

(Las ocho relaciones... "Séptima realación" vol. II, 229-230).

Sobre su percepción de los visitantes japoneses a México

El jueves 16 de diciembre a las 6 de la tarde, llegaron y entraron a la ciudad de México 19 japoneses; los conducía un señor noble, enviado como embajador por

el emperador del Japón...De los japoneses que vinieron, unos eran ya cristianos, y otros todavía paganos, pues no estaban bautizados. Todos ellos venían vestidos como allá se visten; es decir, con una especie de chaleco largo y un ceñidor en la cintura, donde traían su katana de acero que es como una espada, y con una mantilla en la cabeza; las sandalias que calzaban eran de un cuero finamente curtido que se llama gamuza, y eran como guantes de los pies. No se mostraban tímidos, no eran personas apacibles o humildes, sino que tenían aspecto de águilas fieras. Traían la frente reluciente, porque se la rasuraban hasta la mitad de la cabeza; su cabellera comenzaba en las sienes e iba rodeando hasta la nuca. Tenían los cabellos largos, pues se los dejaban crecer hasta el hombro, cortando sólo las puntas, y parecían un poco como doncellas porque se cubrían la cabeza, y los cabellos no muy largos de la nuca se los recogían atrás en una pequeña trenza; y como la rasura les llegaba hasta la mitad de la cabeza, parecía como si trajeran corona...No traían barbas, y sus rostros eran como de mujer, porque estaban lisos y descoloridos...Al día siguiente fueron a saludar al virrey, mientras estuvieron en México se les dio de comer por cuenta del rey (*Diario*, 217-221)

Pasaje que comenta la falta de atención que tuvo el arzobispo-*virrey don fray García Guerra* cuando hubo un temblor. No ordenó procesiones ni plegarias, sino que hizo corridas de toros.

El viernes 26 de agosto de 1611, a las 3 de la madrugada, hubo un temblor muy fuerte, como nunca lo había habido antes...Poco tiempo duró el temblor, porque enseguida cesó, pero se sintió mucho miedo mientras duró...cuando amaneció el dicho día viernes, ninguna preocupación mostró el señor don fray García Guerra, que era el arzobispo de México y el virrey; nada dispuso: ni que se hicieran plegarias o procesiones, ni que se dijera la letanía por el espantoso temblor que había habido, no obstante que tal es la obligación y el mandato de los que son como pastores...lo único que se le ocurrió [a fray García Guerra] fue mandar que se hiciera una corrida de toros a la que asistió en el corral frente a palacio,...y estaban viendo todos los toros cuando hubo un nuevo temblor, a las 3 de la tarde, cuando por segunda vez volvió a temblar...Sin embargo, el arzobispo y virrey no

dejó de ver los toros, y aunque se entristecía al escuchar el tañido de las campanas, no por eso se suspendió la corrida sino que continuó hasta el anochecer...Muchos españoles y religiosos se disgustaron porque el arzobispo y virrey no había dispuesto que se hicieran plegarias por lo que nos había acontecido en la madrugada, sino que prefirió irse a divertir a los toros en este viernes; lo censuraron en especial los señores inquisidores, y por eso luego prohibieron que hubiera corridas de toros en el corral de la plaza, echaron abajo el cerco de maderos que se había colocado frente al palacio, y se llevaron todos los palos (*Diario* 243-249).

Recuento de los castigos que dieron a varios negros al intentar sublevarse

El 1 de abril de 1612, cuarto domingo de cuaresma, comenzaron a tomar presos a muchos negros; en el Hospital de Nuestra Señora en Huitzillan, por la tarde, mientras se les predicaba el sermón, la justicia los aprehendió y los condujo a la cárcel de corte. Los encerraron en los calabozos porque se le acusó de querer hacer la guerra, di que se iban a alzar y de que iban a matar a sus amos españoles...(Diario 279)

[se rumoraba] ;Ya vienen los negros, ya no están lejos, prepárense para pelear!... Los naturales mexicas, que tampoco estaban asustados [como los españoles], se limitaban a mirar y oír, y se admiraban de que los españoles anduvieran tan abatidos por el miedo, pues demostraron no ser muy valientes...(Diario 287).

Después de que se ahorcaron 28 negros y 7 negras durante varias horas, dejaron los cuerpos colgados toda la noche. Al día siguiente los decapitaron y pusieron las cabezas en los palos de la ahorca:

La justicia había sentenciado que los cuerpos de los ahorcados fueran descuartizados, y que sus miembros fueran colgados en todas las calzadas que entran a la ciudad de México. Al respecto se hizo luego un acuerdo en la Audiencia Real, al que fueron convocados los señores oidores, y allá consultaron a los doctores médicos, por cuyo parecer unánime se decidió que a 29 de los dichos muertos sólo los decapitaran. Dijeron los doctores que si a todos los muertos los descuartizaban, y colgaban sus miembros en las calzadas principales, allá se pudrirían y eso no sería bueno, porque el hedor se convertiría en pestilencia, y luego con los vientos entraría en la ciudad, y hallándose sobre nosotros nos causaría enfermedades (*Diario 297-298*)

Comentario sobre la destrucción del bosque de Chapultepec por codicia de los españoles.

A finales de mayo de 1615 los españoles comenzaron a hacer excavaciones en el cerro de Chapultepec, por órdenes del señor virrey don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar; buscaban riquezas en el cerrito, pues algunas personas habían engañado al virrey diciéndole que allí estaba escondido mucho oro. Eso buscaban, mas como no apareció nada dejaron de excavar, pero ya habían derribado muchos de los ahuehetes que allí crecían, acabaron haciéndolos leña que luego fue a arder en las cocinas de palacio, con lo que Chapultepec quedó asolado. Después allá sembró cebada el capitán de la guardia don Pedro Serrano, el mismo que había dirigido la destrucción. Muchos recuerdan todavía cómo Chapultepec era anteriormente un lugar muy hermoso (*Diario 415*).